**La experiencia de ser monja benedictina**

**La entrada al Monasterio…**

La entrada al Monasterio significó para mí un cambio radical de vida, un giro en 360º en absolutamente todos los sentidos. El encuentro con la Verdad es fuerte, empezar a vivir un grado de soledad desarraigada del entorno y de las personas que nos sostienen hace tambalear todo, y descubrirse y aceptarse a uno mismo es quizás lo más complejo. El encuentro conmigo misma ha sido también el encuentro y enfrentamiento con mis propios fantasmas, miedos, sensibilidades, traumas, parálisis, en fin, un montón de máscaras y muros defensivos. Sin embargo, todos estos lugares internos que he podido explorar, algunos sanos y otros heridos, algunos ordenados y otros caóticos, los conscientes e inconscientes, me han ayudado en la adquisición de una mayor libertad para ir al encuentro del Señor. A sentirme portadora de una historia que Él va redimiendo, y también constatar que somos más que esta historia y las experiencias que nos han tocado vivir, que muchas veces son las que nos condicionan en sentidos opuestos a lo que deseamos vivir.

**El camino benedictino, ¿Cómo ha sido?**

No ha sido fácil ni tan lógico como yo esperaba, pero la sorpresa ha sido mayor y mejor al descubrir que la vida monástica, la vida de seguimiento al Señor, es un mar de profundidad inabarcable y Cristo-Dios, un BIEN infinito, nuestra mayor riqueza nunca conocida y terminada de amar hasta el fondo. Y en esta experiencia de aprendizaje y conversión, la comunidad entera ha sido de alguna manera sostenedora y formadora, y ha sido fundamental la compañía de mis maestras que me han ayudado a “ver”: M. Alejandra, h. María del Pilar y h. Gracia. Su guía, correcciones, comprensión, paciencia, cariño y sobre todo el tratar de llevarme siempre hacia el Señor y a buscar su voluntad en mi vida, me han ayudado en este permanente ejercicio de abrirse a lo trascendente, de contemplar las cosas más ampliamente. Tiene una belleza especial este proceso en que el Señor nos va modelando a través de las manos de otros y nos vamos “haciendo”, “formando” gracias a esta recepción e intercambio de dones que nos llegan por medio de los demás. Estoy muy agradecida de todos los esfuerzos que ellas especialmente han tenido que emplear conmigo. Y todo esto me hace muy feliz, el encontrarme en esta “escuela del servicio divino”, que me ha dado esta posibilidad, de la mano de mis hermanas, de mirar con otros ojos, de juzgar las cosas en su verdad, intentando amar a todos, creciendo en el conocimiento de mi misma y del Señor, para poder servirlo con mayor libertad de espíritu. Pero como dije antes, esto no ha sido fácil. El hecho de “habitar conmigo misma” (expresión que San Gregorio Magno usa en el libro de los “Diálogos”, para referirse a San Benito) y habitar también con 18 hermanas, ¡es un arduo trabajo!. Pero como dice San Benito en la Regla, luego el corazón se va ensanchando y el camino se puedo recorrer más ágilmente.

**Según tu experiencia ¿Cuál es la importancia de conocerse a uno mismo?**

Sí, no es que tenga mucha experiencia, pero durante estos años he podido comprobar que conocerse es importante para entregarse a los demás, porque nos permite detectar esos límites que están puestos ahí no para “limitarnos”, sino para que entonces el Señor entre a hacer su gran obra, abandonándonos a la manera que Él quiera trabajarnos por medio de ellos, con la seguridad de que todo contribuye para nuestro bien y santificación. Como dice San Ireneo de Lyon (aunque en otro contexto), “lo que no se asume, no se redime”, y al final, la mejor manera de conocer nuestra humanidad, ¡nuestra bendita humanidad! y de conocer el gran amor y misericordia de Dios Padre, es mirando cara a cara estas fragilidades y pecado por las que por encima de todo somos tan amados.

**De tu período de formación hasta llegar al de tu Profesión Solemne ¿qué destacas?**

Puede parecer un poco obvio para alguno, pero para mí ha sido el descubrir lo maravilloso que es el HOMBRE, la vida, DIOS, el mundo. Lo increíble que es ser “persona humana”. HIJOS de Dios… y vivir aquí en este Monasterio… para mí, un lugar “sagradamente humano”, donde lo auténticamente humano puede alcanzar su plenitud por medio de su permanente contacto con lo divino, como dice San Pablo, de llegar “al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo” (Ef. 4,13). Y siguiendo a Jesús, yo opto por el lado de la vida, por el que al mundo le cuesta caminar, y ser parte de esta comunidad cultivando la tierra desde este lado paciente, silencioso, lento, oculto; sembrando amor, esperanza y paz para todos los hombres, anunciando la VERDAD y la buena noticia desde la sencillez y la vulnerabilidad de una vida edificada sobre lo único firme: JESUCRISTO.

**¿Cómo te sientes ahora como Profesa Solemne, consagrada para siempre?**

¡Muy Feliz! La profesión ha sido una gracia muy grande para mi y para mi familia. Tanto don para mí es una confirmación del Señor en este camino y le pido a El que me regale el permanecer siempre fiel, y hacer de Él toda mi vida. Pensar, sentir, amar, hacer todo como Él lo hace, para que desde mi pequeñez Él pueda vivir y dar vida a tantos que lo necesitan, ser fermento en la masa, ser luz y sal para el mundo.